

CONFERENCIA DEL MAESTRO
OMRAAM MIKHAËL AÏVANHOV

LA BELLEZA
Bonfin, 7 de agosto de 1976

Lectura del pensamiento del día:

"No debemos lanzarnos sobre la belleza para acapararla, comerla, ensuciarla, pero, por otra parte, es un crimen no buscarla para contemplarla. Si los humanos se sirven de la belleza para atraerse mutuamente hacia los precipicios, no es por culpa de ésta, sino de los humanos, que no son suficientemente puros; despiertan dentro de ellos un fuego que humea debido a todas sus impurezas. La belleza no debe hacer caer a los humanos, sino que debe llevarlos a la divinidad, proyectarlos al Cielo. A mí me gustaría alimentarme sólo de belleza y, os lo digo, si el mismo Dios no fuese bello, si fuese solamente sabiduría, amor y poder, no le amaría tanto. Le amo porque es bello y quiero ser como Él. Sólo me atrae la belleza, pero la belleza pura, espiritual, no cualquier belleza. Porque yo tengo otra idea de la belleza y, a menudo, donde la mayoría de la gente ve esplendor yo veo fealdad, y, donde no ve nada, a menudo veo un esplendor oculto."

Si no hubiese en el universo un principio cósmico, la Madre Divina, que trabaja para conservar la armonía, la perfección de las formas, los humanos se habrían vuelto ya de una fealdad repugnante. Porque, con la clase de vida que llevan, sumergidos en el desorden, en los goces, en las batallas, sin tener ningún ideal de perfeccionarse, no pueden ser bellos.

A veces veo a chicas encantadoras, pero, la mayoría de las veces, cuando trato de profundizar en lo que hay en sus cabezas, descubro preocupaciones ordinarias, caprichos, desenfrenos. Si hubiese una justicia divina, estas chicas deberían estar deformes; con todos los defectos que tienen no deberían tener una apariencia exterior tan encantadora. La Madre Divina hace sacrificios, pues, para ayudarlas, porque, si no, debería haber una correspondencia absoluta entre el contenido y la forma. En el dominio mineral, vegetal, animal, esta correspondencia existe. Sólo en los humanos

vemos un desfase semejante. Porque, de momento, el hombre tiene el poder, gracias a su voluntad y a su inteligencia, de impedir que la forma exprese exactamente el contenido. Vemos a personas cuya apariencia es magnífica: son bellos, bien proporcionados, pero interiormente fabrican monstruos. Mientras que otros, que son asimétricos, miserables, poco agraciados, son maravillosos interiormente. En algunos, desde luego, la forma corresponde al contenido, y podemos decir, por tanto, que existen cuatro categorías: los que son bellos exteriormente y feos interiormente; los que son feos exteriormente y bellos interiormente; los que son feos exteriormente y feos interiormente; y los que son bellos exteriormente y bellos interiormente.

Ya os expliqué que la falta de correspondencia entre lo interior y lo exterior es debida a que la vida interior cambia mucho más rápidamente que la forma exterior. Se trata, pues, de una ausencia de correspondencia entre el pasado y el presente. En un sólo día el ser humano puede cambiar completamente de punto de vista, de filosofía, mientras que su forma física no puede cambiar de la noche a la mañana. La forma física está modelada en una materia mucho más difícil de manejar que el pensamiento, cuya materia es tan sutil y maleable que tenemos la posibilidad de hacer en ella casi todas las transformaciones. Imaginaos, pues, a un hombre que tenga una apariencia física repugnante, pero que haya abrazado una filosofía divina; poco a poco esta filosofía desciende a él y anima su cuerpo físico, la materia opaca, hasta el punto de que, un buen día, la materia de su cuerpo se convierte en el reflejo exacto de su vida interior, de su alma, de su corazón: es bella, radiante, divina. Pero, he ahí que toma otra dirección, que quiere hacer el mal. También ahora la forma va a resistirse un cierto tiempo, no cambiará de golpe, y aunque sea un demonio por dentro, exteriormente puede parecer una divinidad. Estas cosas suceden, y como los hombres no saben penetrar en el interior de los seres, se fijan sólo en una forma que habla aún del pasado, y se equivocan. Así que, ¿veis?, es cuestión de tiempo: tarde o temprano la forma acaba reflejando la vida interior.

Pero, sea cual sea la apariencia física, siempre hay, de todas formas, algo que no engaña jamás y que revela exactamente lo que es un ser: sus emanaciones, sus fluidos. Si sois capaces de percibirlos, sea bello o feo este ser, no os equivocaráis; las emanaciones expresan absolutamente el estado interior y, si son apagadas, si son disonantes, si son malsanas, expresan exactamente los pensamientos y los deseos del hombre. No podemos ver el mundo divino en un ser, pero podemos sentir sus emanaciones. Y si, verdaderamente, emana pureza, si emana luz, podéis concluir con toda

seguridad que el contenido es bueno. A veces, incluso, estas emanaciones son tan poderosas que se vuelven visibles, a pesar de su sutileza. Existen, por ejemplo, personas que son extremadamente feas, deformes, pero, durante unos momentos, se vuelven tan bellos y expresivos que nos quedamos asombrados. Sus emanaciones, por un momento, han cambiado su forma. Hay, pues, tres puntos a considerar: la forma, las emanaciones que aparecen a través de esta forma y que no siempre se corresponden con ella, y el espíritu que produce las emanaciones. Como es casi imposible conocer el espíritu, y como la forma es engañosa, sólo las emanaciones nos permiten conocer la verdad sobre un ser.

Pero volvamos ahora a la cuestión de la belleza. Los humanos no saben lo que es la verdadera belleza, se fijan sólo en la forma y si la forma es bella, exclaman: "¡Qué belleza!" Pero detrás de la forma siempre hay algo por conocer: la expresión, las emanaciones que vienen del interior del ser, la vida que fluye... Y si podemos ir todavía más allá para ver el espíritu de este ser, que vive en el Cielo, descubriremos una belleza todavía más grande. Pero esta belleza ni siquiera puede expresarse a través de las emanaciones, porque es algo tan sutil que el cuerpo físico no logra hacerlo aparecer. Y por eso, en el pensamiento que os he leído, se decía: "Yo tengo otra idea de la belleza y, a menudo, donde la mayoría de la gente ve esplendor yo veo fealdad, y donde no ve nada, a menudo veo un esplendor oculto." Al principio estabais extrañados, pero ahora todo empieza a estar claro para vosotros. Sí, mis queridos hermanos y hermanas, y si he llegado a ver las cosas de forma tan diferente a los demás, es porque he hecho estudios, observaciones, y ahora poseo una ciencia.

A veces iba a pasearme por la playa con algunos amigos y, para enseñarles mi forma de ver las cosas, les decía: "¿Veis a esa chica allí?, su piel, sus emanaciones, denotan que está enferma... Esta otra es una viciosa. Aquélla es una chica adorable..." Y estos amigos se extrañaban al ver cómo yo apreciaba lo que nadie apreciaba. Porque los humanos no saben apreciar lo que es divino, sólo se fijan en la apariencia.

En realidad, la belleza, la verdadera belleza, no puede explicarse. Es una vida, una vida que brota, que emana. Tenéis, por ejemplo, un diamante, un diamante sobre el que ilumina un rayo de Sol... Estáis deslumbrados ante la belleza de los colores que veis aparecer. Esto es la verdadera belleza: es comparable a la luz del Sol. Y un ser se acerca a la verdadera belleza en la medida en que llega a emanar una belleza semejante. La verdadera belleza no se encuentra en las formas, la verdadera belleza ni siquiera tiene forma,

porque se encuentra arriba, en un mundo que está hecho de corrientes de fuerzas, de radiaciones. Cuando llegamos a contemplarla, somos arrebatados por un éxtasis tal que casi quisiéramos morir. La verdadera belleza no se encuentra tanto en el cuerpo o en el rostro de los hombres y de las mujeres, sino que está arriba. Y, de vez en cuando, en la medida en que el hombre y la mujer estén conectados con el mundo divino y puedan transmitir algunos de sus rayos, logran expresar algo de esta belleza.

Retened bien esto: la belleza no se encuentra en la forma, se encuentra en la irradiación, en las emanaciones. Por eso no hay que querer lanzarse sobre ella para cogerla y devorarla: porque no es una forma que se pueda coger. Debemos solamente contemplarla, estar maravillados ante ella, impregnarnos con ella. El hombre debe, pues, cambiar su actitud para con la mujer. Cuando encuentra a una mujer encantadora, en vez de querer poseerla, ensuciarla, debe contemplarla, tomarla como fuente de inspiración, como medio para alcanzar la Divinidad. Ya sé que ésta es una manera de comprender las cosas tan desconocida que parecerá incluso grotesca. La mayoría se comporta como si la belleza estuviese ahí para ser tocada, poseída, ensuciada, destrozada. Como los niños, que destrazan las páginas de un libro después de haber mirado las imágenes.

De momento, todavía os preguntáis: "¿Pero de qué nos habla? La belleza está ahí para satisfacer nuestro apetito..." Ya lo sé, sólo se habla de placer. Muchos libros, escritos por celebridades, están ahí para mostraros las técnicas más eficaces para obtener más placer. Por eso, al escucharme, encontraréis que cuento unas historias inverosímiles. Y, sin embargo, se trata de cosas reales, verídicas.

Así que, probadlo, decidíos a comportaros cada vez mejor con la belleza, a considerarla como un lenguaje de la naturaleza viviente, un medio para acercaros al Señor. Para tener una idea de lo que es la verdadera belleza, luminosa, pura, tomad un cristal, tomad un prisma, y tratad de ver cómo pasa la luz a través del prisma y se vuelve tan bella que podéis permanecer durante horas enteras extasiados ante estos colores. Yo lo hago a menudo... En vez de perder el tiempo en estupideces, como la mayoría de los humanos, que están bebiendo en los bares, jugando a la ruleta o a las cartas, o abrazando a las chicas, yo me contento con la belleza de la luz. Y os aconsejo que vosotros lo hagáis también, porque ganaréis enormemente con ello. Claro, algunos dirán: "Yo no estoy preparado para eso, esto no es para mí..." No, este no es un buen razonamiento. Al contrario, hay que decirse: "Aunque yo no esté hecho para

eso, aunque sea débil, voy a decidirme a alimentarme con la belleza." Mientras sigáis viéndoos como sois ahora, sin decidiros a hacer algo, siempre os quedaréis parados y no avanzaréis.

La verdadera belleza no se encuentra en el plano físico, está en otra parte. Evidentemente, la Tierra es bella: las plantas, las montañas, los lagos, los ríos... Pero, en comparación con la belleza que hay arriba, me veo obligado a decir que toda la belleza de la Tierra palidece. La belleza es la expresión de la mayor perfección. Posee la inteligencia, la luz, la pureza, la música, los perfumes... Por eso, para mí, la belleza está conectada con la Divinidad. La Divinidad es la belleza y, si Dios no fuese bello, no le buscaría. Muchos buscan a Dios porque es todopoderoso, porque es omnisciente. Yo le busco porque es bello. Tengo una debilidad por la belleza. Lo que quiere decir que tengo una debilidad por la perfección. Y tanto mejor, ¡hay que tener debilidades así! La única debilidad que no os reprocharán, y que es incluso gloriosa, es la debilidad por la belleza. Pero no por esta belleza que los humanos reconocen y aprecian. Os lo diré francamente: he visto a chicas muy bonitas, también he visto a hombres muy bellos, pero no estaba demasiado deslumbrado por lo que veía, buscaba otra cosa, más allá... Lo que siempre me ha salvado es el amor por la belleza. Y si vosotros también tenéis este amor, estaréis a salvo, estaréis protegidos; si no, iréis a cualquier parte, haréis cualquier cosa con cualquiera, y os ensuciaréis y destruiréis completamente.

* * *



www.laensenanza.org